
JOAQUIN GOMEZ VERGARA.

Joaquin Gomez Vergara nació en la capital del Estado de Jalisco en 1840, é hizo sus primeros estudios en el Seminario Conciliar «obteniendo siempre la calificación *suprema*, como convenia á la honra del establecimiento y al contentamiento de mis padres», como él mismo dice, satirizando finamente á esos maestros que otorgan premios á sus discípulos sólo por asegurar la mensualidad que por ellos reciben.

Estudiando en México la carrera de farmacéutico, tuvo la desgracia de perder á sus padres, quedando al cuidado de una hermana que le sirvió de madre, y que murió por contagio, asistiendo á Vergara en una grave enfermedad.

Militó como voluntario contra el ejército francés que invadió á México, y cayó prisionero de guerra en el sur de Jalisco. Caído el Gobierno imperialista, fundó con varios amigos un periódico político-satírico,

que le valió serios disgustos, y hubo de emigrar á la capital, donde redactó mucho tiempo el *Juan Diego*. Pasó más tarde á *El Federalista* y á *El Porvenir*, y fué nombrado segundo secretario de la Legación de México en España en 1874. Supo conquistarse en Madrid la amistad de muy distinguidos literatos españoles, y publicó artículos y poesías en varios periódicos de importancia, mereciendo espontáneos elogios.

Apreciado en todo su valer por el eminente jurisconsulto y Ministro de Estado y Relaciones Exteriores D. Ignacio Luis Vallarta, ascendió Gomez Vergara á primer secretario de la Legación en Italia, y obligado á renunciar por el mal estado de su salud, regresó en Setiembre último á su patria.

El género satírico que Gomez Vergara domina, le ha proporcionado grandes triunfos, y tiene gran mérito como escritor de costumbres: su obra más notable de esta especie se titula *Fotografías á la sombra*, que contiene bellísimos cuadros.

Como poeta lírico ha escrito varias composiciones, entre las que se distinguen sus fluidos romances.

MIS MONTAÑAS.

Léjos estoy de mi patria,
De mi patria tan querida,
Y de mi abatida frente
La palidez enfermiza,
No vienen á refrescar
Sus embalsamadas brisas.
Montañas americanas,
Hermosas montañas mías,
En donde canta el zentzontle
Y do el huilacoche anida;
En cuyas agrias pendientes,
De eterno verdor ceñidas,
El indio cuelga su choza
Cual nido de golondrinas;
En donde el hogar del pobre
Con alegre fuego brilla,
Que alimenta el liquidámbar
Con su aromosa resina,
Y del cedro y linaloe
Las maderas exquisitas.
¿Dónde están vuestros rumores
Y aquella dulce armonía
De las frondas apiñadas
Que el süave viento agita?
¿Dónde el salvaje mugido
Que los ecos repetían
Del espumoso torrente,
Que por gargantas sombrías,
Rodando de roca en roca,
Airado se precipita?
¡Ah! Si yo viera aquel valle

De espléndida perspectiva,
Con sus lagos transparentes
En que los cielos se miran;
Con sus azules canales,
Con sus chinampas floridas,
Y su cerco de montañas
Que los pinares erizan;
Si yo viera un solo instante
Las siempre nevadas cimas
Del alto Popocatepetl
Y del gigante Ixtacihuatl,
¡Ay, cómo gozára mi alma!
¡Ay, cuánta fuera mi dicha!
Pero estoy léjos, muy léjos,
De aquella tierra bendita
Donde las flores no mueren
Ni el helado cierzo silba;
Do el árbol no se despoja,
Y entre sus frondas abriga
Enjambres de colibríes
Que al volar rápidos brillan
Cual primorosa cascada
De luciente pedrería.
Allá es más azul el cielo,
Allá más hermosa brilla
La luna, y el sol ardiente
Benigno calor envía;
Allí al cansado viajero
Frescura y descanso brindan
El platanar rumoroso
Y las fuentes cristalinas;
Allí se meció mi cuna,
Allí mi madre querida
Me alimentaba á su seno
Y en sus brazos me adormía;

Allí pasé de mi infancia
Aquellas horas benditas
En que el alma no conoce
Los pesares de la vida ;
Y allí de mis tiernos padres
Las veneradas cenizas
Duermen, bajo los rosales
Que sus rosas no marchitan.
¡Oásis del Nuevo Mundo!
¡Adorada patria, mía!
Quiera Dios que vuelva á verte,
Y que al acabar mi vida,
Exhale mi último aliento
Entre tus fragantes brisas,
Bajo tu estrellado cielo,
Y escuchando la armonía
De tus pájaros cantores
Que en tus arboledas trinan.
¡Montañas americanas!...
¡Hermosas montañas mías!...

—
EN EL PANTEON.

Llorando, un día aquí dejé á mi madre,
Transido de dolor...
La tarde estaba triste, sí, ¡muy triste!
Tan triste como yo.
Las campanas doblaban á lo léjos,
Y al ocultarse, el sol
Doraba con sus últimos fulgores
De los sauces el fúnebre verdor.
El viento susurraba entre las hojas

Con tristísimo són...
Y los ramos de flores amarillas
Mi llanto marchitó.
Con ella vine... y la dejé ¡muy sola!
Y lleno de afliccion
Solo tornéme, y en mi hogar desierto
Me faltaron la vida y el calor.
Hoy vuelvo aquí despues de muchos años;
Este es el panteon ;
Pero esa tumba encierra otro cadáver
Y rota está la cruz que clavé yo.
La piedra en que aquel nombre idolatrado
Grabé con santo amor,
No ocupa ya su sitio... ¡Madre mía!
¡Madre de mi alma!... Adios!!!

JOSÉ FERNANDEZ.

José Fernandez nació en Silao el 7 de Diciembre de 1837, dedicándose desde muy joven al cultivo de la poesía, que puede decirse abandonó en 1862 para atender al desempeño de los importantes cargos públicos con que le han distinguido, ya los Gobiernos federales, ya el voto público.

Fué diputado al Congreso general de 1873; nombrado más tarde Oficial Mayor, ó sea Subsecretario del Ministerio de Estado y Relaciones, llegó á ser Ministro interino del departamento, al que todavía pertenece; en las últimas elecciones fué nombrado Senador.

Entre sus poesías, las más conocidas son las que en Méjico publicó en un lujoso cuaderno. Se distinguen por su levantada entonación patriótica y por la redondez y sonoridad de sus estrofas.

EN LA MUERTE
DEL GENERAL ZARAGOZA.

Pálida está la frente
Que con divino rayo
De luz brillante circundó la gloria,
Al alumbrar su espléndida victoria
El quinto sol del memorando Mayo;
Apagada la ardiente
Eléctrica mirada,
Que al enemigo de terror cubriera,
Que cual vivo relámpago luciera
Para anunciar el rayo de su espada.
Está ya el labio mudo
Que, apénas se movía,
Agitaba terribles batallones,
Jinetes y corceles y cañones,
Y mandaba vencer, y se vencía;
Yerto el brazo nervudo,
Nunca al afan rendido,
Asolacion del galo aventurero,
Y, al envainar el victorioso acero,
Noble sosten y amparo del vencido.
Inmóvil yace, inerte,
Dentro del pecho frio,
El corazon en el valor templado,
De capitán y de último soldado,
Noble modelo de constancia y brío.
¡Duerme ya el hombre fuerte
En eterno letargo,
El hijo que á su patria dar debía
Con su victoria el más glorioso día,

Con su temprana muerte el más amargo!
Hoy el galo se goza,
De vergüenza desnudo,
Viendo que el rostro nos volvió la suerte,
Viendo que aleve derribó la muerte
Al que vencer su ejército no pudo.
«No existe Zaragoza.
Inerme está la diestra
Que en ocio vergonzoso nos mantiene.
Ya murió el vencedor, ¿quién nos detiene?
¡A combatir, que la victoria es nuestra!»
«Las águilas augustas,
Que ya han tendido el vuelo,
Victoriosas do quiera en la pelea,
En Africa, y en Asia y en Crimea,
En Magenta, Palléstro y Montebello,
«Agitarán robustas
Sus alas majestuosas,
Y, atravesando raudas el espacio,
Irán á reposar en el palacio
En que tú, bella México, reposas.»
«Allí, en cercano día,
De Luis soldados fieles,
De oro, de gloria y de placeros llenos,
Reclinaremos en hermosos senos
Nuestras frentes cubiertas de laureles.»
Así con burla impia
Los invasores claman;
Y, al escuchar su risa mofadora,
Olvido este pesar que me devora,
Y la venganza y el valor me inflaman.
Lloremos, mexicanos,
Mas breve el llanto sea,
Y dejemos el llanto por la espada,
¡Ay! para que de Francia la mirada

Estas acerbas lágrimas no vea.
Juntemos nuestras manos
En la tumba que encierra
Los venerandos restos del guerrero,
Y pronunciando nuestro adios postrero,
Sólo se oigan despues gritos de guerra.
¡Guerra, sí, patria mia!
¡Guerra por tus montañas,
Guerra por tus inmensas soledades,
Guerra por tus caminos y ciudades,
Guerra en los templos, guerra en las cabañas!
Tiempo sobraré un día
De llorar al que mueras;
El soldado inmortal que tú perdiste
Y con su grande espíritu te asiste,
No quiere llanto ya: triunfos espera.

VICENTE RIVA PALACIO.

El general Vicente Riva Palacio, actual Ministro de Fomento de la República de Méjico, es una de las más simpáticas figuras políticas de su patria. Su vida está llena de pasajes novelescos y heroicas acciones, y en la larga práctica de sus virtudes civiles y militares ha cimentado su fama de superior inteligencia.

Hijo de una ilustre familia acostumbrada al fausto y la comodidad, todo lo abandonó por lanzarse á los campos de batalla á luchar por la civilizacion y la libertad, y fué uno de los caudillos que más dieron que hacer al ejército intervencionista de Napoleon III. Durante el épico sitio de Querétaro, donde por una y otra parte se llevaron á cabo acciones y tuvieron lugar episodios dignos de Homero, se distinguió como un héroe el general Riva Palacio, cuya historia militar es brillantísima.

Restablecida la República, fué elegido

Magistrado de la Suprema Corte de Justicia, puesto á que renunció por no hallarse conforme con la política del Presidente; en aquella época fué cuando visitó á España, residiendo mucho tiempo en Madrid, donde dejó numerosos amigos y admiradores, que aún se conservan fieles á su grata memoria.

Enemigo de la Administracion del presidente Lerdo de Tejada, tomó las armas contra él, y sólo su serenidad y reposado valor pudieron sacar ilesa su vida, que se encontró en terrible riesgo á consecuencia de una derrota, poco tiempo despues de la cual volvió con nuevos bríos á la lucha, hasta que triunfó el ejército al mando del actual presidente, Porfirio Diaz, quien le llamó al Ministerio de Fomento, en el que ha desplegado una actividad é inteligencia tan sin ejemplo, que su memoria será imperecedera.

Como poeta lírico, ha producido numerosísimas obras; como dramático, una porcion de piezas representadas con gran éxito; como novelista, interesantísimos volúmenes; los más notables son: *Calvario y Tabor*, *Monja y casada*, *Virgen y mártir*, *Martin Garatuza*.

Escribió también, asociado con D. Manuel Páyno, una obra monumental histórica, titulada *El Libro rojo*. Con Juan A.

Mateos, otro distinguido poeta, publicó *Las Liras hermanas*.

Ha fundado y redactado famosísimos periódicos satíricos, entre ellos *La Orquesta* y *El Ahuizote*, ilustrados ambos con caricaturas.

Riva Palacio es uno de los ingenios más fecundos y variados de su patria.

EN EL ESCORIAL.

Resuena en el mármoleo pavimento
Del medroso viajero la pisada,
Y repite la bóveda elevada
El gemido tristísimo del viento.

En la historia se lanza el pensamiento,
Vive la vida de la edad pasada,
Y se agita en el alma conturbada
Supersticioso y vago sentimiento.

Palpita ahí el recuerdo; que ahí en vano
Contra su propia hiel buscó un abrigo
Esclavo de sí mismo un soberano,

Que la vida cruzó sin un amigo;
Águila que vivió como un gusano,
Monarca que murió como un mendigo.

MANUEL ACUÑA.

Manuel Acuña fué un estudiante de Medicina que en la primavera de su existencia, y revelado ya como un gran poeta, se hundió voluntariamente en el sepulcro, como si no hubiese podido soportar su despejada frente el peso de su genio.

Planta de un día sobre la tierra, no dejó historia de que poder sacar rasgos biográficos, y sólo el gran mérito de sus composiciones ha podido hacer que no se olvidase la pasajera memoria del niño.

Las poesías de Acuña son inspiradas y filosóficas cuando se ocupa de asunto grave y serio; sus composiciones eróticas son tiernas, apasionadas y rebosan lágrimas y profundo dolor.

Escribió y dió á la escena su drama *El Pasado*, que tuvo por intérprete al gran actor español D. José Valero, y cuyo tema es la rehabilitacion de la mujer.

La fecha de su muerte señala uno de

los días más tristes para las letras de su patria.

ANTE UN CADÁVER.

¡Y bien! Aquí estás ya... sobre la plancha
Donde el gran horizonte de la ciencia
La extensión de sus límites ensancha.
Aquí donde la rígida experiencia
Viene á dictar las leyes superiores
Á que está sometida la existencia.
Aquí donde derrama sus fulgores
Ese astro á cuya luz desaparece
La distinción de esclavos y señores.
Aquí donde la fábula enmudece,
Y la voz de los hechos se levanta,
Y la superstición se desvanece.
Aquí donde la ciencia se adelanta
Á leer la solución de ese problema
Que sólo al enunciarle nos espanta.
Ella que tiene la razón por lema
Y que en sus labios escuchar ansía
La augusta voz de la verdad suprema.
Aquí estás ya, tras de la lucha impía
En que romper al cabo conseguiste
La cárcel que al dolor te retenía.
La luz de tus pupilas ya no existe,
Tu máquina vital descansa inerte,
Y á cumplir con su objeto se resistió.
Miseria y nada más... dirán al verte
Los que creen que el imperio de la vida
Acaba en donde empieza el de la muerte.

Y suponiendo tu misión cumplida,
Se acercarán á tí, y en su mirada
Te mandarán la eterna despedida...
Pero no, tu misión no está acabada,
Que ni es la nada el punto en que nacemos,
Ni el punto en que morimos es la nada.
Círculo es la existencia, y mal hacemos
Cuando, al querer medirla, le asignamos
La cuna y el sepulcro por extremos.
La madre es sólo el molde en que tomamos
Nuestra forma, la forma pasajera
Con que la ingrata vida atravesamos.
Pero ni es esa forma la primera
Que nuestro ser reviste, ni tampoco.
Será su última forma cuando muera.
Tú, sin aliento ya, dentro de poco
Volverás á la tierra y á su seno,
Que es de la vida universal el foco.
Y allí, á la vida en apariencia ajeno,
El poder de la lluvia y del verano
Fecundará de gérmenes tu cieno;
Y al descender de la raíz al grano,
Irás del vegetal á ser testigo
En el laboratorio soberano,
Tal vez para volver cambiado en trigo
Al triste hogar, donde la triste esposa,
Sin encontrar un pan, sueña contigo.
En tanto que las grietas de tu fosa
Verán alzarse de su fondo abierto
La larva convertida en mariposa,
Que en los ensayos de su vuelo incierto
Irá al lecho feliz de tus amores
Á llevarle tus ósculos de muerto.
Y en medio de esos cambios interiores,
Tu cráneo, lleno de una nueva vida,

En vez de pensamientos dará flores,
En cuyo cáliz brillará escondida
La lágrima, tal vez, con que tu amada
Acompañó el adios de tu partida...

La tumba es el final de la jornada,
Porque en la tumba es donde queda muerta
La llama en nuestro espíritu encerrada.

Pero en esa mansion, á cuya puerta
Se extingue nuestro aliento, hay otro aliento
Que de nuevo á la vida nos despierta.

Allí acaban la fuerza y el talento,
Allí acaban los goces y los males,
Y allí acaban la fe y el sentimiento...

Allí acaban los lazos terrenales,
Y mezclados el sabio y el idiota,
Se hunden en la region de los iguales.

Pero allí donde el ánimo se agota
Y perece la máquina, allí mismo
El sér que muere es otro sér que brota.

El poderoso y fecundante abismo
Del antiguo organismo se apodera,
Y forma y hace de él otro organismo.

Le abandona á la historia justiciera
Un nombre, sin cuidarse, indiferente,
De que ese nombre se eternice ó muera.

El recoge la masa únicamente,
Y cambiando las formas y el objeto,
Se encarga de que viva eternamente.

La tumba sólo guarda un esqueleto;
Mas la vida en su bóveda mortuoria
Prosigue alimentándose en secreto.

Que al fin de esta existencia transitoria,
Á la que tanto nuestro afan se adhiere,
La materia, inmortal como la gloria,
Cambia de formas, pero nunca muere.

FRANCISCO G. CÓSMES.

Francisco G. Cósmes, amigo y compañero de Acuña, hizo con él sus primeros ensayos poéticos, y como él desplegó un carácter analítico y filosófico. Pero así como Acuña se reveló casi siempre materialista, Cósmes se hizo espiritualista, y se complació en buscar bellísimas antítesis á los mismos pensamientos de su camarada.

Como periodista es notable por la facilidad con que maneja el idioma y por su instinto crítico que, tomando ligeras formas, es razonador y profundo.

Es también autor dramático, y en sus composiciones líricas seduce por la naturalidad y delicadeza de sus pensamientos.

ANTE UN CADÁVER.

No, no puede ser cierto:
; El pensamiento que el espacio hiende,
Que en eléctrica luz el orbe enciende,

Convertido en detrito de algun muerto!
¡Subir del fango y remontarse al lodo
El alma que lo ignoto enseñoera!

¡La potestad que crea
Acostumbrada á conquistar el todo,
Demandando á la lluvia cual mendigo,
Algun gérmen fecundo
Para con él formar del rey del mundo
Un grano microscópico de trigo!
¡Implorar los calores del verano
El fuego celestial del pensamiento!
Y al separarse de su tallo el grano,
Leve paja llevada por el viento
Ser el residuo del ingenio humano!

No, no puede ser cierto:
La vida no es el círculo mezquino
Que comienza y acaba justamente
En la miseria del sepulcro yerto.
La vida no es el áspero camino
Do la caída y la ascension reunidas,
Al sér ofrecen que por él avanza
Tinieblas nada más, misterio, duda,
Sin tener ni siquiera por ayuda
El pálido fanal de la esperanza.

La vida es adelante:
La luminosa escala
Que Jacob en sus sueños entrevia,
Do en cada tramo la creacion exhala
Un cántico sublime
Que se pierde en la eterna melodía.
La vida es el progreso
Que de la nada al infinito asciende,
Que en puro fuego sin cesar se enciende,
Del inmortal Creador á cada beso:
Que en cada forma adquiere nuevo nombre,

Que á cada paso nueva luz destella,
Que sube audaz del infusorio al hombre,
Desde la hierba efímera á la estrella.

No: prefiero creer: ¿que le quedára
Al pobre sér que entre dolores vive,
Si despues de la muerte, no pensára
Que algo de grande en él le sobrevive?
¿Cuando al romper del existir los lazos
El sér amante que su pecho adora,
No pudiera estrechar entre sus brazos
La dulce sombra cuya ausencia llora?
No: prefiero creer: cuando mi pecho
Por el dolor desgárrase á pedazos,
Cuando en vínculo estrecho
Mi aliento sollozante se comprime,
Y triste gime el corazon deshecho,
Y mi alma herida por la pena gime;
Cuando en la noche el llanto de mis ojos
Rueda en silencio de mi rostro al suelo,
Y en el mundo no hay quien compasivo
Mi llanto enjague, ni me dé consuelo:
Hay en la sombra seres que me aman,
Que con dulces caricias me embelesan,
Y con sus voces débiles me llaman,
Y con sus alas trémulas me besan.

Desde el fondo más íntimo del alma,
¿No es verdad que me hablas, Madre mia?
¿No es verdad que en la calma
Que despues del dolor mi pecho siente,
Tu imágen bella cual la luz del día
Se presenta dulcísima á mi mente
Y no entre el polvo y la ceniza fria?
¿No es verdad que á mi vista en dulce giro
Vagas mostrando el rostro que yo adoro,
Suspirando conmigo, si suspiro,

Llorando mis pesares, cuando lloro?

No, no puede ser cierto: si no hubiera
Más allá de la tumba nueva vida,
Si el pensamiento humano se extinguiera
Como se extingue, débil y perdida,
La última nota del nocturno canto,
Sin vacilar mi mente prefiriera
El pavoroso no existir, la nada,
A esa profanacion desatentada
De cuanto muestra la conciencia santo.
Hay más allá: la muerte, sí, es la vida,
Mas no cual dice la mundana ciencia:
Es el alma del cuerpo desprendida
Que se remonta ufana
A otro mundo mejor, á otra existencia,
Y al abrirse la fosa,
Al pisar de la tumba los umbrales,
Ante el sér desterrado de este suelo
Se ensanchan los espacios celestiales.

Hay otra vida, sí: lo dice el pecho,
Que al respirar la atmósfera del mundo
El universo le parece estrecho;
Lo dice algo profundo
Que en nuestro cuerpo mísero llevamos;
Algo que es superior á la materia,
Algo que vale más que nuestra vida
Llena de podredumbre y de miseria.
Hay otra vida, sí: no el polvo inerte
Que el hombre en su ceguera diviniza,
Algo que queda en pié tras de la muerte,
Algo que sobrevive á la ceniza.
La tumba, un esqueleto
Descarnado, no más en su antro guarda,
Mas libre al fin de su pasion impura,
El espíritu, grande, soberano,

Se eleva gigantesco hasta la altura,
Y allí, inmortal y poderoso y fuerte,
La duda y el misterio enseñoorea,
¡Y si en cáos el mundo se convierte,
Sobre ese cáos flotará la idea!

REMEMBER.

Habia en su dulce semblante, aquello
Que vive poco, que ya se va;
Ojos azules que reflejaban
Lo misterioso, la inmensidad.
En sus mejillas el terciopelo
De los geráneos al despuntar,
Labios de grana que le envidiaban
Las amapolas del florestal...

La estoy mirando: su esbelto talle
Como la garza que va á volar,
Sus manecitas sobre su pecho
Que suspiraba por lo inmortal...

Y aquellos labios que me decian;
«¿Por qué te alejas, por qué te vas?»
Y aquellos ojos que me miraban
Del alma al fondo y aún más allá...

Hoy, esos labios se han marchitado;
Hoy, esos ojos sin vida están...
¡Ay! esos seres, todo cariño;
¿Por qué se mueren, por qué se van?

EDUARDO E. ZÁRATE.

Eduardo E. Zárate, nacido en Jalapa en 1853, es, á pesar de su juventud, un distinguido poeta y una inteligencia superior. Abogado y escritor político, ha redactado importantes periódicos, entre ellos el muy ilustrado órgano oficial del Gobierno de Puebla, y ha ejercido ya el cargo de Diputado al Congreso de la Union. Se comprende la importancia que ha logrado adquirir sabiendo que pertenece á una familia ilustradísima en la que figuran sus hermanos Julio y Clotilde, distinguido político, orador é historiógrafo el primero, tierna y delicadísima poetisa la segunda.

Sus poesías, que son muchas, han merecido generales elogios, y sus artículos literarios y políticos le revelan como profundo pensador.

ADORACION.

El templo de mi amor se alzaba un día,
Por himnos de ventura saludado,
Y ante el dios en el ara colocado,
De aromas rico el incensario ardía;
Mas luégo al soplo de infortunio helado
Tendió el olvido su tiniebla fría,
Y envueltos quedan en la noche umbría
Sólo el altar y el templo abandonado.

Hoy no brota en las ruinas una palma,
Ni viene á interrumpir ningun suspiro
Aquella triste y silenciosa calma;
Pero yo á solas con mi amor deliro,
Y aunque esté ausente el dios, dentro del alma
Cual una estrella fulgurar le miro.

JOAQUIN TÉLLEZ.

El general D. Joaquin Téllez es un poeta satírico de gran mérito, que á semejanza de D. Francisco de Quevedo, lo mismo maneja el látigo de la crítica, que vierte de su correcta pluma hermosas composiciones consagradas á graves y elevados asuntos.

Su carrera militar está llena de acciones de valor desplegado en treinta y seis años de servicio, en batallas nacionales y extranjeras.

Su instrucción es grande, su trato agradableísimo, modesta su vida y su genio variado, incisivo y burlesco.

AL POPOCATEPETL.

Eleva altiva tu soberbia frente
A la región del trueno que amedrenta,

• Volcan, y en la alta nube cenicienta
Audaz sorprende al rayo prepotente.

Que si estalla su cólera imponente,
Y al inflamarse súbito revienta,
En vez de anonadarte, la tormenta
Te vestirá de luz resplandeciente.

Entonces en el cielo de zafiro,
En presencia del Dios de las bondades,
Cuyo poder en tu grandeza admiro,
Te aclamarán las rucas tempestades,
Parando, al verte, su voluble giro,
El vencedor del trueno y las edades.

A UNA FUENTE.

En los cristales de la mansa fuente
Pensé mirar la imagen de mi amada,
Y mi boca, de amores abrasada,
La persiguió en la plácida corriente.

En sus diáfanas ondas, impaciente
Posé mi amante labio, y engañada
El alma mira su ilusión dorada
Perderse entre la linfa trasparente.

¡Oh ingrata fuente, por mi mal querida,
Y hallada en esta soledad hermosa!
¿Por qué no te mostraste condolida
De mi incesante pena lastimosa?
Porque eres ¡ay! espejo de la vida
Y pérfida como ella, y engañosa.

A LAS GOLONDRINAS.

Voladoras, alegres y livianas,
Cual del lago las candidas ondinas,
Incansables viajeras peregrinas
Que cantando anidais en mis ventanas;
Si de regiones tristes y lejanas
Venís á despertarme, golondrinas,
De mi pecho el amor, y estas ruinas
Sólo os puedo ofrecer, entrad ufanas.

Que si la pompa, honores y riqueza
El mundo me arrebatara fementido,
Jamás podrá arrancarme la ternera

Con que á mi afecto habeis correspondido;
Entrad á visitarme en la pobreza,
Que Dios bendice al ser agradecido.

GUSTAVO ADOLFO BAZ.

Gustavo A. Baz es hijo de un importante hombre público, orador y Ministro, Don Juan José Baz, y de una distinguida dama, doña Luciana Arrázola, que á las gracias de su sexo ha sabido unir una ilustracion nada comun y un inteligente empeño para abrir á la niñez desvalida los horizontes del porvenir y el tesoro de las conquistas intelectuales.

Gustavo A. Baz es, de todos sus jóvenes compañeros literatos, quizá el más profundo en erudicion, y el más apto para señalarse en trabajos de importancia históricos y críticos. Ha estimado ménos las glorias del poeta que los triunfos científicos, y se distingue por un claro espíritu analítico.

Ha escrito y publicado dos obras de importancia suma: *La Historia de Juarez*, y *La Historia de Hidalgo*, fundadas en documentos inéditos del mayor interes.

En una edicion monumental ha encerrado la historia del notable ferro-carril de Veracruz á México.

Tambien ha dado á luz interesantes estudios sobre *Literatura española*, de la que es entusiasta admirador, como todo aquel que puede creer que la conoce y ha estudiado.

Ha escrito un drama original, *Celos de Mujer*, y traducido otro de Sardou: tiene publicados dos tomos de poesías, que se distinguen por su armonía, naturalidad y sencillez.

Ultimamente residió en París, donde ha colaborado en importantes periódicos franceses, cuyo idioma posee con perfeccion.

TROPICALES.

I.

Ni los besos de amor de otras mujeres,
Ni el aplauso comun, nada ha bastado
Para borrar tu imagen;
Vives en mí como la vez aquella
Que de rodillas yo, y tú á mi lado,
Perdonarme rehusabas,
Desmintiendo tus ojos la querella
Que vagaba en tu labio,
Severo juez de imaginado agravio.

Aun recuerdo tu acento,
Aun brilla tu mirada
En la noche sin luz de mis insomnios;
Aun perdida en el viento
Cuando baja la noche tan callada,
Vuelvo á escuchar la nota enamorada
Del último sollozo que exhalaste,
Cuando de tu alma, de dolor transida,
Me enviaste la suprema despedida.

Jamas pensé que imaginar pudieras,
Ni agravio entonces, ni despues olvido;
¡Cómo agraviarte yo, si eras mi vida!
¡Cómo olvidarte yo, mi amor perdido!

En la tierra, en el mar, cuando la aurora
Tíñe con su arrebol la nivea frente
Del enhiesto volcan, y cuando llora
El ave de la selva habitadora
Con el postrer fulgor del claro dia
Que pálido ilumina el Occidente:
Cuando la luna fria
Riela sobre las olas dulcemente,
Y suspira el terral, y su armonía,
De la playa hasta el monte,
Recorre cuanto abarca el horizonte,
En vano busco á mi congoja abrigo,
En vano busco á mi penar consuelo,
Me falta un eco amigo
Y una luz más brillante
Que ilumine las sombras de mi cielo.
Me falta en mi abandono
La nota cariñosa
Con que se unen las almas en la tierra;
Su luz esplendorosa
Con que enciende el amor en los espacios,

Esa dulce alborada
Donde nace á vivir el pensamiento,
En el mundo inmortal del sentimiento.
Y tan sólo un murmurio,
Algo como una queja y un suspiro,
Escucho en vago giro
En la tierra, en el mar y el firmamento:
La nota adolorida
De tu última y suprema despedida.

II.

Cerca la noche está, pausadamente
Se deslizan sus sombras por el llano;
El onda mansamente
Baña de espuma la arenosa playa;
Brilla en ocaso el sol, y majestuoso
Alumbra en su agonía
Las cúspides del alta serranía.
Fresca la tarde, el viento cadencioso,
Brindan la paz cabe la dulce sombra
De aquestos altaneros
Bosques de perfumados limoneros.
Naturaleza toda
Palpita melancólica, sublime;
El pájaro que gime
Con tierna voz sobre verdosa rama,
El murmurio del mar que blandamente
De la playa á la selva se derrama,
Todo palpita amor, todo lo anima
Misteriosa atracción, sólo en la tumba
De sus dorados, juveniles años,
Nuestra humana flaqueza sus rencores
Viene á llorar, en medio á la armonía
De este concierto universal que elevan

Los pájaros, los vientos y las flores,
Y de la onda en la playa los rumores.
Conmigo vén, poniendo ya en olvido
Nuestro inmenso dolor, angustia y pena,
Harémos nuestro nido,
Cabe la dulce sombra
De aquestos altaneros
Bosques de perfumados limoneros.

III.

Fresca y linda está la tarde,
Olorosa la pradera,
Despejado el horizonte
Y gallardas las palmeras.
Cielo azul y claro rio,
Monte enhiesto y altas ceibas,
Insectos, flores, perfumes,
Todo en torno nos rodea.
Tus manos sobre las mias,
En tu seno mi cabeza,
Al compas de nuestros besos,
Al arrullo de tus quejas,
Parece que se iluminan
Valles, montes y praderas,
Y en misterioso concierto
Nuestros amores celebra,
Con el canto de las aves,
La madre naturaleza.

IV.

¿Qué me importa la luz de las estrellas
Brillando entre las sombras intranquilas,
Si es más dulce la luz de tus miradas,
Y más dulce la sombra en tus pupilas?